

The book cover features a stylized illustration. At the top, a girl with long black hair and closed eyes, wearing a red dress, is framed by a white, cloud-like border. Below her, a red steam train with a yellow smokestack and a large flywheel is shown. A boy in a yellow shirt and dark pants stands on the tracks in front of the train. The background is a dark green landscape with stylized clouds and foliage. The title is written in a mix of red and black fonts within the white cloud border.

CUENTOS FANTÁSTICOS PARA NIÑOS
FANTÁSTICOS

SOFÍA GUZMÁN

ILUSTRACIONES DE ISABEL GUZMÁN

«Los cuentos son como ventanas diminutas que nos permiten asomarnos a otros mundos, a otras formas de pensamiento, a otros sueños. Son vehículos que nos transportan hasta los confines del universo y nos traen de vuelta a casa a tiempo para cenar». —Neil Gaiman.

Sería un tremendo error que te contara yo de lo que tratan estos cuentos. ¡Son tan cortos! No me gustaría mencionar detalles importantes solo para atraer tu atención y luego, cuando estés ahí leyendo el relato, sientas decepción al saber entonces lo que va a ocurrir. Te diré que suceden cosas muy emocionantes en estos relatos, y también unas muy tristes. En ocasiones, hay tanta aventura que la historia nos atrapa por completo y de momentos se nos olvida que estamos en realidad sentados, viajando con la imaginación. Otras veces, los protagonistas están tan cansados y aburridos de su cotidiana vida, así como nos pasa a todos en algún momento, que resulta inevitable sentir lástima y angustia de esos pobres niños. ¡Ah!, desearía tanto que acompañaras a Mateo y a Zaira en su decisión sobre la vida; o que ayudaras a Nicolás en su búsqueda por los botones de plata; o, tal vez, que convencieras a mi amigo del desván para que no se tomara la vida demasiado en serio. ¿Sabes?, creo que a Eduardo le vendría muy bien un amigo fiel y bueno que le acompañara en su caminar por la vida recordándole que es un chico mucho más afortunado de lo que a veces se atreve a imaginar. Pero, ya no diré más. Tengo la sensación de que he hablado más de la cuenta...

*«El hombre más pobre no es el que no tiene dinero, sino el
que no tiene un sueño»*

—Dr. Kenneth Hildebrand

PRIMER RELATO

La niña de la laguna

Había cumplido cuatro años, Mateo, cuando su madre murió.

Era tan pequeño e inocente que le pareció muy triste la manera en que todos despidieron a su madre, aquella tarde, en que emprendió su viaje; ese recorrido prolongado y ligero que es eterno y del que nunca se regresa.

Luego de su muerte, la gente murmuró que era una mujer cansada de la vida, y que sin piedad o clemencia, decidió marcharse sin consultarlo con absolutamente nadie. Mateo no estaba muy seguro de esto, aunque tampoco estaba seguro de lo que se había llevado a su mamá.

Muchas cosas de las que estaban sucediendo no entendía, como lo era, por ejemplo, la manera en que el rostro de su padre había envejecido, o la velocidad con la que sus ojos se habían vuelto tristes y amargos.

Pero le pareció que lo mejor, respecto a su madre y a su padre, era revocar esos preciosos recuerdos que tenían juntos, e inmortalizarlos en la realidad, disfrutando tanto como pudiese del presente y mirando a los recuerdos del pasado cuando las cosas se tornasen taciturnas y grises.

La noche en que su padre se acercó a hablar con él de cosas serias, Mateo miraba con nostalgia y alegría el fuego cálido de la chimenea, soñando con ideales y divagando en aventuras imaginarias.

—Mamá se ha ido, Mateo —le dijo su padre, cansado. Y aunque tratase de disimularlo, el pequeño vio, detrás de la cansada mirada de su padre, un dolor que no podía ser explicado—. No podremos volver a estar con mamá en tanto sigamos con vida.

—Lo sé, papá —asintió Mateo—. Sé que ha hecho un viaje, y que no volveremos a verla. Pero yo estoy bien, pues seguro que cuando la volvemos a ver, nos cuenta muchas cosas emocionantes e interesantes que habrá vivido.

Su padre asintió, tal vez consolado, y le abrazó con cariño y dulzura.

Le quería tanto...

Y era el único recuerdo vivo que le quedaba de su amada.

Detrás de la empinada colina que se alzaba a un lado de la casa en donde Mateo vivía, un árbol creció. Se volvió tal alto y ancho que brindó refugio a cientos de animales que crearon armoniosos hogares sobre sus ramas; y a partir del momento en que Mateo descubrió este lugar, decidió que se convertiría en su espacio favorito.

Tras la angustiada muerte de su madre, el padre de Mateo lo había llevado a vivir muy lejos; y fue tanto el afán del padre por alejarse de aquel lugar, que dos años después, cuando Mateo tenía ya seis, compró una casita en medio de un curioso y bello bosque, allá por las fantásticas tierras de Quebec.

El niño había crecido de esa manera, y con el tiempo, los lugares ocultos muy adentro del bosque y los pequeños

animales que en él vivían, se volvieron sus mejores amigos. Porque, ese silencio agradable que reinaba en el bosque, donde el murmullo del viento no era más que una melodía dulce y cariñosa, acogieron a Mateo y le brindaron el hogar que nunca más consiguió salvar, a partir de ese día, cuando su madre se marchó.

Seguido se preguntaba muchas cosas extrañas y pensaba día con día en su mamá... ¿Cómo se hallaba ella? ¿La estaban tratando bien, allá, a dónde había llegado? Esperaba que sí, porque él y su padre rezaban todas las noches para que fuese así. Aunque..., bueno, últimamente solo rezaba él. Su padre ya casi no regresaba a casa de buen humor, y Mateo prefería entenderlo y no robarle su tiempo. Lo extrañaba, y bastante, pero no podía hacer nada para que las cosas volviesen a ser como lo eran antes. Antes, de que su madre muriese. Pero, Mateo tampoco la culpaba de aquellos cambios en su vida. No, ni mucho menos, porque él sabía que ella jamás se habría marchado así, sin despedirse, y seguro que todo tenía una explicación. Porque, en esta vida, algunas cosas fueron hechas para no ser entendidas, y eso está bien. Y Mateo lo sabía.

Una tarde de abril, de esas dulces y perfectas en que la primavera se deja sentir, y el cielo celeste, brilla con una gloria y majestuosidad tremenda, Mateo decidió caminar hasta su árbol favorito; no sin antes, por supuesto, llevar consigo un libro y una barra grande de chocolate tostado.

El camino por el que le gustaba irse para llegar hasta ahí era el que cruzaba por la Laguna de las Estrellas, una pequeña, más hermosa y oculta. No había peces en ella, aunque a Mateo le habría gustado que fuese así, pues entonces emplearía mejor su tiempo atrapando los peces en lugar de sentarse a un lado de su árbol favorito a mirar el tren. Porque, muy cerca de donde el niño tenía su espacio favorito, las vías del ferrocarril cruzaban, y todos los días, por la mañana, podía disfrutar del rígido y gracioso viaje que aquella máquina, antes de vapor, hacía.

No se sentía muy cansado cuando se sentó sobre una grande roca de la laguna para descansar, sin embargo, le agradaba hacer aquello, puesto que podía mirar con tranquilidad a los inocentes pajarillos que de vez en cuando bajaban a beber. Los rayos del sol rasgaban el agua, marcando rayas sobre su aterciopelado mando cristalino; y la vista que juntos brindaron a Mateo, fue única y espectacular.

Mordió su chocolate otra vez y saboreó su amargo y crujiente sabor, delicioso y perfecto.

Y fue, en ese momento, cuando de pronto escuchó un chapoteo en el agua. Se puso de pie para mirar mejor, pero el reflejo en el agua le cegó la vista.

Entonces, cuando se cambió de lugar para volver a ver, se quedó pasmado al observar la escena que a continuación he de relatar.

Pues, surgiendo de las aguas, la silueta de una chica apareció.

No consiguió reconocer el rostro de la niña al instante, pues el sol también se asomaba desde ahí y resultaba imposible ver de quién se trataba. Sin embargo, cuando la niña se volvió a mover, saliendo ya de la laguna, Mateo pudo ver que llevaba puesto un vestido blanco de algodón y que estaba descalza. Parecía un poco mayor que Mateo, quizás dos años más, y el color de su cabello resplandeció tan blanco y puro como el color de la luna.

Andando a trompicones por el agua, murmuraba palabrotas y soltaba continuos aspavientos. Se veía muy, pero muy enojada.

Maravillado, puesto que Mateo no estaba muy acostumbrado a ver a gente de su edad, se le quedó mirando todo el rato. Sin embargo, cuando ella pasó a su lado y se detuvo para verle la cara, le frunció el entrecejo y murmuró una palabra que el niño no alcanzó a comprender. Entonces, pasándole le largo, se marchó.

Pasmado, Mateo no supo que había sido lo que de aquel modo la espantó. Pero de pronto bajó la mirada y

atisbó en su delicioso chocolate, del cual, quedaba ya muy poco, y pesó que era un egoísta.

—¡Perdón por haberlo comido sin darte también! —Gritó el niño, y salió corriendo hasta alcanzarla. Y al llegar, le tomó del hombro y le giró para poder hablarle—. En verdad sé lo desagradable que resulta —le confesó—. Ya queda muy poco, pero te lo quiero regalar —y le tendió el chocolate.

La niña, con la frente fruncida, miró el dulce, que estaba pegajoso y embarrado a la envoltura de plástico. Miró al niño, luego al dulce, y encones negó con la cabeza:

—No —dijo ella—. No me interesa tu chocolate.

Y una vez más, apresuró el paso.

Quedándose solo unos segundos ahí parado, Mateo se sintió confundido y extraño. ¿Qué diantres le pasaba a aquella niña? Y como no pensaba quedarse con la duda, corrió hasta llegar a su lado.

—¿Qué es lo que te pasa? —le preguntó a la niña—. ¿Estás enfadada conmigo?

—No, no estoy enojada contigo —contestó, y otra vez le ignoró.

—Si no —insistió Mateo—, ¿entonces qué es lo que tienes?

—No es algo que te incumba —le gruñó.

—Pues claro que no —reconoció Mateo, andando a su lado sin dejar de sonreír—, pero aún soy pequeño y encuentro mucho interés en las cosas que no me incumben. ¡No puedo evitarlo! —confesó—. ¿Eres de por aquí? Nunca antes te había visto. ¿Qué hacías dentro del lago? Estás toda mojada.

—Niño —le detuvo ella, furiosa—. ¿Siempre haces tantas preguntas?

—Bueno —dijo, pensando—, sí, supongo que sí. Pero procuro hacerlas específicas para no tener que hacer tantas.

Deteniéndose a su lado y entendiendo que no conseguiría quitárselo de encima, la niña dijo lo siguiente de muy mala gana:

—Verás, estoy enojada —a lo que Mateo contestó asintiendo—, y eso significa que *no* tengo ganas de hablar.

—Yo puedo ayudarte.

—Ah, ¿de veras? —dijo con ironía.

—Sí, pero a cambio tendrás que contestar mis preguntas —demandó.

—No.

Mateo había notado que la niña caminaba por el sendero que él había tomado para llegar hasta ahí, pero no había dicho nada, pues esperaba, con algo de suerte, llegar hasta su propia casa y entonces convencerla de que se quedase a tomar limonada y galletas con él.

Pasó un rato.

El sol comenzó a encenderse y las primeras estrellas a brillar en el cielo.

Y finalmente, como tanto deseó que sucediera, se detuvieron delante de una casa. Y fue cuando ahí, la niña no supo qué hacer.

—Esta es nuestra casa —le informó Mateo, de buena gana—. Esperarme en el establo, allá atrás, mientras yo voy por limonada y galletas. No te vayas.

Y se echó a correr.

Cuando regresó, halló a la niña tumbado sobre una paja, descansando. Su mal genio aún se podía ver; no obstante, era más bien la tristeza quien se había apoderado de ella.

Mateo entró, muy educadamente, y se sentó a su lado. Al ver que ella se veía muy triste, le tendió un vaso de limonada y una galleta; los cuales, quizás al principio con un poco de recelo, acabó aceptando.

—Me llamo Mateo —se presentó el niño—, y tengo seis años.

Sin contestarle, la niña lanzó un mordisco a la tostada galleta; y haciendo una mueca de asco, la escupió. Mateo, de eso no dijo nada; en realidad, a él tampoco le había parecido que estuviesen tan buenas.

—Yo me llamo Zaira —dijo la niña, con una voz tan suave y dulce que parecía ajena a este mundo—. Tengo nueve años.

—¿Qué hacías dentro del lago? —volvió a preguntar Mateo.

—Porque he sido enviada a la Tierra, como castigo, y eso no me gusta porque la Tierra está lejos, muy lejos de casa.

—Oh, de verdad lo lamento —se compadeció el niño.

—Además —continuó ella—, ¡he sido puesta dentro de este cuerpo que parece una cárcel! —Y se dejó caer con desdén.

—¿Y qué has hecho para que te castiguen de esta manera? —quiso saber Mateo, interesadísimo en la historia.

—Bueno, es complicado. Según me dijeron, me he vuelto «egoísta».

—¿A qué te refieres cuando dices «me dijeron»? ¿A quién te refieres? —preguntó, ignorando el egoísmo de la niña.

—Oh, pues, —meditó ella— me refiero a los del País de las Almas, claro. De ahí vengo yo.

—¿País de las Almas? —murmuró el niño para sí.

—Cuando las almas no se están comportando adecuadamente —continuó Zaira—, las castigan. Yo, le grité a mi madre y le dije cosas muy feas. Me dijeron que me mandarían lejos para castigarme, pero este mundo es triste, traicionero y feo. Además, ya he aprendido mi lección.

—¿Cuánto tiempo llevas en la Tierra? —preguntó Mateo—. ¿Te han sucedido cosas malas mientras estabas aquí?

—Oh, ¡tantas cosas! —exclamó Zaira—. Llegué hace apenas dos días. Y al principio, me topé a un hombre que

trató de matarme, aunque gracias a una ardilla astuta pude escapar; luego, una serpiente intentó mordirme el tobillo, no obstante, un amable zarzal me advirtió y conseguí librarme a tiempo. En fin —suspiró—, he dejado de querer a la gente de esta tierra; he perdido la esperanza en ello. No pienso volver a confiar en nadie.

—Comprendo —asintió el niño—. Querer no es malo ¿sabes? Ni tampoco difícil. El problema está en que las personas te quieran de vuelta, y pocas veces lo hacen. Mi madre —dijo Mateo, dándole un ejemplo—, antes de marcharse, me quería muchísimo, un montón, y seguro que me sigue queriendo; pero, desde que ella se fue, no he podido entregar mi corazón a nadie más.

—¿Y a dónde se fue? —preguntó Zaira.

—Me dijeron que a un viaje eterno, del que no se regresa jamás. Creo que se llama Muerte, pero no lo sé. ¿Tú qué piensas de eso?

—Lo cierto es, que tampoco sé mucho de la Muerte. Pero en casa —en el País de las Almas— me advirtieron de que esa era la única forma de volver. Me dijeron que solo así conseguiría liberarme de este cuerpo. ¿Tú puedes explicarme lo que es morir?

—La verdad —dijo entonces el niño— que no conozco mucho el tema, así como tú; aunque, sé de algunas formas de morir. La tía de mi padre, por ejemplo, murió atropellada por un automóvil; dicen que no sufrió porque todo pasó muy rápido.

Mateo agarró una galleta del plato y se la comió.

Zaira, mientras tanto, anhelaba con todo su corazón poder regresar a su país, a sus tierras.

Entonces, de manera fugaz, aunque esta vez para quedarse, llegó hasta ella una genial idea. Y no tardó en contársela a Mateo:

—Si te pido un favor —insinuó ella—, ¿me ayudarías?

—Bueno, haría todo lo posible —aseguró Mateo.

—Quiero volver a casa —aseguró Zaira, con firmeza—. ¡La extraño tanto! —Y suspiró—. Tú, Mateo, ¿no extrañas a tu madre?

El chico no tuvo ni qué pensarlo.

—¡Ni te imaginas cuánto! —exclamó—. Espero ansioso el día en que comenzará mi viaje eterno también para finalmente verla.

—¿Me ayudarías a volver a casa? —le pidió de pronto la chica.

Mateo le miró un instante.

—Es..., es decir, que ¿quieres que te ayude a...?

—Sí —afirmó—: a morir. Quiero que tú, Mateo, me ayudes a morir.

Al pronunciar aquellas palabras, no parecía que sintiese miedo.

—¿Lo harías? —insistió—. ¿Me ayudarías a volver a casa?

El niño se lo pensó un poco.

—Bueno —titubeó—. Quiero decir, que, sí de esa forma serás feliz...

—¡Lo seré! —exclamó Zaira, suplicando con sinceridad.

—Bien, entonces lo haré —le prometió Mateo, y sonrió—. Mañana, por la mañana, el tres pasará; si nos damos prisa, conseguiremos llegar a tiempo. Podrás esperar ahí hasta que cruce la vía.

—¿Y piensas que funcionará? —dudó por un momento la niña.

—Vaya —titubeó Mateo—, yo me imagino que sí. Habrá que intentarlo. Si se trata de mandarte de regreso a casa con tu familia, al lugar al que perteneces, haremos hasta lo imposible por conseguirlo.

Y al cabo de un tiempo, se quedaron dormidos.

El día que siguió, el cielo amaneció nublado, melancólico y triste; quizás, era porque podía sentir el miedo y el dolor que se viviría al salir el sol. De cierto, no es posible saberlo con precisión.

Tal y como lo habían planeado la noche anterior, Mateo y Zaira iban de camino a las vías del ferrocarril.

De tanto en tanto, Zaira observaba al niño con interés, quien le guiaba a través de las plantas y arbustos con cautela, cariño y paciencia. Y ella, por un efímero instante, sintió una punzada desconocida en el corazón. ¿Qué era aquello? Pues, pensó que quizás, después de todo, vivir encerrada dentro de aquel cuerpo no era tan malo; por lo menos, no si tienen almas buenas, gente amable, caminando por ahí para compartir los momentos de la vida.

—Es allá —advirtió Mateo, señalando los barrotes de madera.

Subieron la ladera y se detuvieron al llegar.

—Tendrás que acostarte ahí —objetó el niño, indicando las vías del ferrocarril—. Mira hacia el cielo, para que no tengas miedo; será como disfrutar el baile de las estrellas para luego ir a reunirte con ellas.

—Gracias, Mateo —suspiró la niña, hablando con suprema sinceridad—: gracias por todo. Me parece que, al final, he encontrado a un amigo.

—Yo también creo que te has vuelto mi amiga —le aseguró el niño—. Y, si ves a mi mamá cuando llegues, ¿le dirás que la quiero y que la extraño mucho? Se parece bastante a mí; también tiene la nariz así... —Y torció los dedos para formar la silueta ganchuda.

—Si me la encuentro —consagró Zaira—, te prometo que lo haré.

Y se acurrucó bien entre las vías del tren, acomodándose el vestido de algodón. Y a continuación miró al cielo.

—Mateo —le dijo, con la mirada fija en lo alto.

—¿Sí? —contestó el niño.

—Yo ya voy de camino a casa, y estaré bien —le aseguró Zaira—. Es hora de que tú también te marches. Tu padre se preocupará por ti si no te encuentra en la cama cuando se despierte.

—Que tengas buen viaje, Zaira —le deseó el niño.

Y con una última mirada, para asegurarse de que todo saldría bien, Mateo bajó la empinada y anduvo por el bosque, regresando a casa.

¡Qué contento se sentía! Pues, a pesar de lo pequeño que era, había conseguido ayudar a alguien. Ojalá su mamá pudiese haber estado ahí con él para abrazarla, para sonreírle y para habérselo contado todo...

El claxon del tren se escuchó a la lejos, grave y sublime como el sonido de una trompeta honesta.

Y Zaira, con una sonrisa en los labios, supo que pronto estaría en casa.

SEGUNDO RELATO

La conversación en el desván



A las ocho de la mañana, golpeando los tímpanos y chillando escandalosamente, Nicolás Castro escuchó a su lado izquierdo el despertador, que de un porrazo, apagó. La noche anterior se había quedado despierto hasta tarde, jugando videojuegos, y aquella mañana no le apetecía levantarse porque era sábado y tenía tanto derecho como le diese en gana de quedarse en su cama.

Aguardó unos segundos en medio de ese margen donde uno se queda en la cama, a medio dormir, pensando si debe continuar así o levantarse ya.

Se giró con pereza sobre su hombro derecho y miró a la ventana. El sol se filtraba por las cortinas, cálido, ligero y esplendente, pareciéndose a una delicada rama delgada cual extiende sus finos dedillos para impartir calor. Y lo sintió incómodo, pesado y caliente: directo en la frente.

Fue justo por eso, que, el sueño que lo invitaba a quedarse un poco más ahí se fugó con astucia. E incómodo y abrumado por el indecoroso saludo matutino que el sol le había brindado, se levantó de la cama y marchó con pereza hasta el cuarto de baño, en donde tomó una ducha larga y vaporosa de la cual salió limpio y renovado.